

La ratonera

La soberanía nacional es un arma de doble filo.
La lucha contra los recortes y por la recuperación de la soberanía nacional es un arma de doble filo.

En el editorial anterior analizábamos, en un mundo de zombies y muertos vivientes, el proceso de reconfiguración política en España. En éste, que es su continuación, ampliaremos el análisis al marco regional en el que la situación española es simplemente uno de sus síntomas y una de sus consecuencias –fue la coyuntura política la que nos obligó a invertir el orden de los factores, que veremos cómo afecta al producto.

El ocaso de los bipartidismos afianzados más o menos desde el fin de la II Guerra Mundial ha abierto la posibilidad de aparición de nuevos partidos y la subsunción de todos los partidos europeos de la Internacional Socialista a la lógica neoliberal. Esto está provocando en gran medida su sustitución por otros que recuperan *su* discurso más clásico. Si miramos con detenimiento los nuevos partidos o las transformaciones en los existentes, Podemos o Syriza, el gobierno de alianza en Portugal, Jeremy Corbyn, que tras imponerse en el Partido Laborista vive asediado por el aparato del partido, o el fenómeno Sanders en EEUU, podríamos pensar que estamos en una época de «flujo». En un supuesto otro extremo, existe una tendencia hacia la radicalización de la derecha: Donald Trump, ISIS; Boko Haram, el fallido golpe de estado en Turquía, la reedición de las elecciones presidenciales austriacas, las hordas nazis en Centroeuropa, la pasada reedición de *Mi lucha* de Hitler que se agotó casi inmediatamente (a un precio de 59€), Le Pen, Hungría...

Así presentado, parece no ya que el péndulo está llegando a su punto álgido, sino que estamos volviendo a vivir una polarización como la previa a la II Guerra Mundial. Pero lo cierto es que no se está produciendo ninguna polarización. El proceso que vivimos, y que es de carácter al menos regional, es una radicalización de la derecha en todas sus facetas, mientras que la izquierda hace tímidos progresos hacia posiciones reformistas basadas en una supuesta recuperación de la soberanía nacional, un capitalismo del Estado del Bienestar (sin que se den varias de sus condiciones de posibilidad, particularmente la existencia de la amenaza contra el capitalismo que supuso la URSS) que conllevaría el *embridamiento* del capital financiero y un Estado árbitro por encima de la lucha de clases.

Escrito este editorial durante la convención republicana, hemos podido comprobar que hay patrones que se repiten. La aparición sorpresiva de un candidato que se definía como socialista, Bernie Sanders, y de un empresario inmobiliario, Donald Trump, que son la dos caras de este fenómeno que describimos. Este fenómeno que es más una reconfiguración en el cambio de fase capitalista que de carácter revolucionario, en los EEUU tiene unas características particulares dadas por el sistema electoral estadounidense.

El juego de Bernie Sanders no ha triunfado en gran medida por el funcionamiento del Partido Demócrata por medio de súper delegados que responden sólo al aparato del partido, pero su presencia en la candidatura demócrata puede ser determinante en las elecciones de noviembre. Hillary Clinton ha recibido el apoyo público de Sanders, pero también ha tenido que incluir en su programa medidas de Sanders referidas a cuestiones de cobertura sanitaria financiadas con dinero público o abarataamiento de los gastos de los universitarios en las universidades públicas. Su posición en la campaña de noviembre puede que sea determinante para el resultado de las elecciones.

A pesar de las limitaciones de la maquinaria electoral, Sanders fue capaz de ganar, y hacerlo incluso sobradamente, en los estados con una mayor cantidad de clase obrera y de pequeña burguesía ilustrada blanca (véase por ejemplo, su fuerza mayúscula entre los universitarios). Sin embargo, y ésta ha sido la gran arma de Clinton, tiene muchas dificultades para penetrar adecuadamente en los votos de las minorías étnicas. Por distintos motivos, del que quizá sobresalga la basculación del discurso político del conflicto social al conflicto identitario creciente en EEUU, incluido el marxismo norteamericano. Wallerstein plantea claramente que el posible agente antisistémico no es ya, en el sistema mundo capitalista, la clase obrera, sino este enfrentamiento de identidades negadas en las que, más allá de las étnicas, incluye el feminismo que complica mucho la aceptación de la «lucha de clases» frente a la discriminación por motivos de raza o etnia; un síntoma de este traslado ha sido la respuesta violenta e individual a la escalada de asesinatos policiales de ciudadanos afroamericanos. No obstante, no podemos en ningún caso desdeñar la cooptación de muchas de las organizaciones de las minorías étnicas por el aparato del Partido Demócrata y su sujeción clientelar a Hillary Clinton.

No debemos dejar de lado la conjunción de clase obrera y jóvenes universitarios y el posicionamiento *antiestablishment* de Sanders, que es lo que más aparentemente lo vincularía con Trump. Sanders (24 de mayo) llegó a afirmar: «el *establishment* de este país no es respetado, el pueblo americano tiene cada vez menos confianza en él. Este *establishment* es el liderazgo tradicional republicano y el liderazgo tradicional demócrata, los medios... el pueblo americano está sufriendo y no ve que el *establishment* responda a su sufrimiento. Y Trump se ha presentado básicamente como un candidato *antiestablishment*».

De tal modo en la batalla de Nevada, donde el aparato del Partido Demócrata impidió el ejercicio del voto de sectores afines a Sanders, Trump se permitió salir en defensa de Sanders en un *tweet* de 18 de mayo: «Bernie Sanders está siendo tratado muy mal por los Demócratas –el sistema está montado contra él. ¡Muchos de sus seguidores despojados del derecho al voto [*disenfranchised*] me apoyan!»

Lo que aparenta otra bravuconada verbal de Donald Trump no lo es. Ciertas encuestas (más allá de indicar que Trump perdería contra Sanders pero ganaría a Clinton) señalan varios elementos que inciden en nuestra tesis central. Un 30% de los seguidores de Bernie Sanders apoyaría a Donald Trump antes que a Hillary Clinton; además, según otras encuestas, los demócratas indecisos consideran adecuada la política económica de Trump.

En el Partido Republicano tampoco bajan las aguas calmas: a pesar de que la movilización del electorado republicano sólo es comparable a la de la elección de Ronald Reagan, sólo el 69,9% de los delegados apoyaron a Trump en la convención. Trump articula su discurso (del mismo modo que Sanders) en la recuperación de la industrialización de EEUU y en la ruptura o no firma de los tratados internacionales (cancelar el NAFTA, descartar el Transpacífico). La elección de Mike Pence como candidato a la vicepresidencia, *ticket*, parece ser un gesto de acuerdo con el aparato del Partido Republicano que puede dejar en papel mojado los excesos verbales contra los tratados de libre comercio.

El mismo juego se repite en Europa; sin embargo, la estructura política de estados-nación y estructuras supraestatales requiere que hagamos alguna precisión. El historiador británico Perry Anderson

recogió en *En el nuevo viejo mundo* una serie de artículos sobre la construcción política de la UE y algunos de los estados nación que lo componen –el artículo sobre el suicidio del PCI es imprescindible–; este libro analiza, de manera excesivamente politicista, y obviando la mayor parte del tiempo la cadena imperialista, que la UE se desarrolla entre fuerzas centrífugas y centrípetas de las que se concluye la imposibilidad real de una conversión política de Europa en polo imperialista. Estas fuerzas actúan dentro de la UE de forma que poco a poco se desgajan incluso los entramados económico y jurídico políticos.

Dos fuerzas centrífugas actúan de forma manifiesta en este momento.

La primera, el escandaloso requisamiento de bienes de los refugiados que se llevó a cabo en varios países de Centroeuropa –Alemania o Dinamarca–, la amenaza de quiebra de Shengen como su suspensión temporal en algunos países (Austria, Hungría o Suecia).

Por otro lado, tal y como ha afirmado repetidas veces Žižek, la referencia al tercero excluido (el extranjero), permite denegar la lucha de clases dentro de las sociedades europeas. El afianzamiento de los movimientos fascistas (el sangrante caso de Hungría, el Frente Nacional en Francia, la extrema derecha austriaca que ha conseguido que se repitan las elecciones presidenciales que perdieron por un puñado de votos, el FPÖ en Suecia, Amanecer Dorado...) amenaza al conjunto de la clase obrera europea (local y sobre todo inmigrante). No debemos olvidar, como señala Poulantzas en el texto de Nuestro Clásicos que presentamos en este número, que el eslabón débil de la cadena imperialista no viene determinado exclusivamente por la posición económica de cada Estado, sino por todo el conjunto de su formación social, por lo que la amenaza fascista no es meramente posible en Grecia o Hungría, sino que países económicamente más fuertes pero con una mayor debilidad en la organización de los trabajadores con una mayor debilidad de los trabajadores, allá donde se encuentran muy expuestos. En este sentido, hemos recogido en estos editoriales en varias ocasiones que el 15M ha vacunado a España de un movimiento fascista fuerte; sin embargo, existe la posibilidad de su neutralización y que aumente el riesgo.

La lucha contra los recortes y por la recuperación de la soberanía nacional es un arma de doble filo que puede desembocar en el gobierno portugués o griego o en el Frente Nacional. No obstante, los límites de acción de los gobiernos de «izquierdas», incapaces de romper con su yugo en la cadena imperialista, pueden provocar un efecto reflujo del que se beneficien estos movimientos xenófobos.

La segunda fuerza centrífuga es el Brexit. Ya había supuesto una quiebra el pacto previo al referéndum que el gobierno de Cameron había firmado con la UE, que limitaba las prestaciones sociales a los trabajadores europeos y al mismo tiempo permitía la participación del Reino Unido en la toma de decisiones de la zona euro; el Brexit la ha agudizado. La situación no es muy distinta a la norteamericana: por un lado, un sector populista (de derechas) que recurre a la crítica del *establishment* y a los elementos raciales para imponerse, con oposición interna dentro del partido (o en el caso de Reino Unido, de partidos cercanos como UKIP); por otro lado, una división interna dentro del laborismo entre el aparato social liberal y un intento de recuperar un discurso socialdemócrata más clásico pero que no cuestiona en ningún caso el capitalismo.

Los argumentos de Corbyn para la permanencia en la UE se han basado en el reclamo del estado del bienestar: «las negociaciones de David Cameron han supuesto una oportunidad perdida para llevar a cabo una defensa de las verdaderas reformas que la UE necesita: rendición democrática de cuentas, derechos más sólidos para los trabajadores, terminación de la austeridad e interrupción de la privatización forzosa de servicios públicos». El movimiento de Corbyn, tan limitado como el de Sanders en EEUU, ha excluido a los elementos que cuestionan el capitalismo, modificando su organización *Momentum* para excluir a *Socialist Party*, *Left Unity*, *Socialist Workers Party* o los comunistas.

Hoy su situación en el Partido Laborista es más precaria todavía, a pesar de que la semana de su victoria en las primarias supuso un aumento de 50 000 afiliados, no tanto porque el aparato haya decidido tratar de devolverle el golpe de su victoria, sino por la incapacidad de su discurso para mantener el *statu quo* del sistema. La victoria del Brexit en barrios y zonas marcadamente laboristas creemos que ha sido insuficientemente analizado. Primero, no podemos argumentar una supuesta pureza ideológica de la clase obrera que haría coincidir el voto de sus sectores menos concienciados con sus intereses objetivos (en el caso de que la permanencia en la UE correspondiera a sus intere-

ses objetivos); segundo, no podemos obviar la inestabilidad de una posible alianza con la pequeña burguesía que la condena a un papel secundario: «En muchas comunidades de clase trabajadora, la gente se está preparando para votar a favor del Brexit no sólo como una manera de decirle a la élite neoliberal que están hartos. También quieren incomodar a los trabajadores urbanos, liberales y con educación universitaria. Muchos de los que están involucrados sienten que ésta es su primera decisión política efectiva», afirmó Paul Mason en *The Guardian*. Quizá debamos analizar la presencia de tantos elementos nacionalistas y xenófobos (la promesa de 350 millones de libras que se liberarían con la salida de la UE para la sanidad pública británica es un claro ejemplo) con la situación de precariedad y de progresiva supresión de los derechos sociales y una mala estrategia de los movimientos transformadores ante ellas; hemos de preguntarnos por qué el 30% de los afiliados al mayor sindicato francés, CGT, afirma votar al Frente Nacional.

Mientras tanto, la socialdemocracia francesa se parte en tres. Por un lado, Macron, de quien ya hablamos en el editorial anterior, forma ya su propio partido, *En marche*, ante la perspectiva del hundimiento del PSF; por otro lado, Valls y Hollande se apoyan en el partido de Sarkozy para aprobar en el senado la reforma laboral (en un juego de diferencias que trata de sostener una distancia casi imperceptible entre izquierda y derecha del Aparato Ideológico de Estado político); por último, Christian Paul afirmó tener 58 votos del PSD para presentar en el congreso una moción contra la reforma laboral.

La reforma laboral que, junto al aumento de la jornada laboral y la reducción de la indemnización por despido, otorga la primacía a los convenios de empresa sobre los convenios sectoriales ha movilizó a los movimientos sociales, la *Nuit Debout* y el CGT, principal sindicato francés. La movilización del 22 de junio que sacó a la calle 200 000 personas, 60 000 en París, parece contradecir la derrota y languidecimiento de la *Nuit Debout* que se propone desde los medios. Pero la *Nuit Debout* está incardinada en esta misma dialéctica de la que venimos hablando en distintos aspectos: se sostiene por estudiantes universitarios blancos de la pequeña burguesía ilustrada que contesta ante una reforma laboral que los proletariza; su horizonte político es indeterminado, a pesar de que su nacimiento fue contra la reforma laboral; el reconocimiento de su límite en la incapacidad para construir un frente común con la clase obrera (francesa de origen, inmigrantes de segunda o tercera generación, nuevos inmigrantes); y, por último, su carácter de respuesta a la asunción de políticas propias del Frente Nacional por el Partido Socialista Francés.

En una tesitura parecida se encuentra el movimiento PLAN B, que se reunió en Madrid, incapaz siquiera de mantener una postura común sobre el euro. Mientras Varoufakis señala que la salida del euro provocaría al menos dos monedas –un marco fuerte en la *blue banana* y monedas devaluadas en el sur, cuya consecuencia en ambos casos supondría un debilitamiento de los salarios de los trabajadores–, Frédéric London defiende la necesidad imperiosa de salir del euro.

No es sólo la «austeridad»: en Europa hay una guerra/lucha de clases, con el saqueo de los derechos de la ciudadanía y de los bienes comunes que llevan a cabo las élites gobernantes determinadas a redistribuir los ingresos y la riqueza de la mayoría de la sociedad y los estados hacia ellos. Su modelo es el del desempleo masivo y la precariedad, generando pobreza y aumentando las desigualdades, enfrentando a los trabajadores entre ellos, perpetuando la violencia contra las mujeres, destrozando el medio ambiente y desmantelando el tejido social. Un modelo contra el bienestar y la justicia social.

Este fragmento de la declaración de Madrid muestra a las claras una de las claves de su propuesta. Quizá debamos destacar la vinculación de la clase trabajadora con la pequeña burguesía a través del saqueo y la redistribución. Por supuesto, en la base de esta afirmación está el concepto de acumulación por desposesión de David Harvey –autor cuya utilización reformista es imprescindible– o las reformas fiscales que propone Thomas Piketty. Este uso político de la acumulación por desposesión permite trasladar la explotación de los trabajadores (extracción de plusvalía y sobretrabajo) al expolio de la propiedad (sustracción de rentas ajenas a las recibidas por el salario o el mantenimiento de la demanda agregada mediante el crédito, etc.) cuya consecuencia principal es que la lucha de clases se establece no entre clases, sino entre la ciudadanía y la *élite gobernante*, lo que impide ver la alianza de clases del movimiento y su hegemonización.

Sin embargo, como señala Alain Badiou (Alain Badiou y Marcel Gauchet, *¿Qué hacer? El capitalismo, el comunismo y el triunfo de la democracia*) este supuesto proceso novedosísimo de la crisis del 2008 tiene demasiadas semejanzas con crisis previas:

Muy bien, hablemos de la crisis económica. ¿Se trata de un fenómeno inédito? Pues bien, no, ¡la crisis que se inició en 2008 tampoco tiene nada de nuevo! Es una vulgar crisis de superproducción, como ya las conocimos en el pasado. Atribuirle a una separación fatal de las finanzas, como lo hace usted, Gauchet, es una aberración. ¿Qué pasó? El asunto de las *subprime* fue un desencadenante muy clásico: en los Estados Unidos se pretendió vender casas en masa a gente que para eso tomó préstamos y, al final, no pudo pagar. Las finanzas sólo intervinieron porque quisieron vender esa deuda en todo el mundo. ¡Cosa que siempre se hizo!

No obstante, esta configuración incluye también una imagen de un Estado –instituciones supraestatales en este caso– secuestrado por la élite que, democratizado –por ejemplo, con un parlamento europeo realmente legislativo– puede tornarse neutral o de libre concurrencia, tal y como defendió en el debate con Žižek y Julian Assange, *Europe is kaput. Long live to Europe*:

Así que la pregunta es: ¿se puede reformar la UE?, y en particular desde nuestra perspectiva de izquierdas, ¿se puede democratizar de tal manera que empiece a formar parte de la solución y no del problema? De momento estamos totalmente de acuerdo en que forma parte del problema. [...] El Estado británico, el Estado estadounidense, ¿cómo se configuraron? Fue el resultado de siglos, de décadas, de lucha de clases, conflictos entre distintos intereses creados. Inicialmente, y de allí salió la Carta Magna en este país se trataba de los barones contra el rey, después entraron los comerciantes con sus propios intereses luchando contra los otros dos bandos; después el proletariado. Distintas facciones del capital con sus propios intereses, el capital financiero, el sector bancario frente al industrial; y el Estado surgió como parte de un proceso evolutivo, para regular estos conflictos, con soberanía, con procesos democráticos que ganaron en importancia porque eran más eficientes para regular estos conflictos.

Dos errores se entrelazan en esta posición. Por un lado, la *separación reguladora* del Estado se identifica con que el Estado no es un Estado de clase, salvo cuando está secuestrado por las élites o no es democrático (el caso de la UE); cuando, por el contrario es esta misma separación la que permite su intervención en la lucha de clases, la supuesta neutralidad, al menos posible, del Estado:

Si digo que el Estado está separado de la lucha de clases (que se despliega en la producción-explotación, en los aparatos políticos y en los aparatos ideológicos) porque está hecho para eso, hecho para estar separado de ella, eso significa que necesita esa «separación» para poder intervenir en la lucha de clases y, además, «en todas las direcciones»: no sólo en la lucha de la clase obrera, para mantener el sistema de explotación y de opresión general de la clase burguesa sobre las clases explotadas, sino también eventualmente en la lucha de clases interior a la clase dominante, contra la división de la clase dominante que puede ser para ella un grave peligro si es fuerte la lucha de clases obrera y popular.

Estas palabras de Althusser en *Marx dentro de sus límites* recuerdan a la reflexión de Marx sobre que el Estado capitalista es capaz de legislar contra los capitalistas singulares en defensa del funcionamiento del capitalismo, es decir, capaz de anteponer los intereses del capital en general a los de los capitalistas singulares. No debemos olvidar que esta reflexión la realiza Marx en *El Capital* en referencia a la lucha por la reducción de la jornada de trabajo y comprueba que la reducción de la jornada de trabajo, aunque perjudica a ciertos capitalistas individuales, favorece al capitalismo en general dado que reduce los costes de reproducción de la fuerza de trabajo. Pero, aún si se dejara al margen la neutralidad del Estado, se produce otro error que ha lastrado los movimientos antagonistas, mínimo, desde el eurocomunismo: la reducción de toda la estructura social (o la lucha de clases por el poder) al politicismo. Gramsci, y especialmente sus lecturas de la hegemonía (los seguidores de Laclau a la cabeza) provoca una sublimación del Estado como afirma Althusser:

Hay otra consecuencia, quizás aún más grave, que puede extraerse de la nebulosidad de Gramsci sobre el Estado y sobre la «sociedad civil» privada y de la sublimación del Estado en Hegemonía. Es lo que se llama tradicionalmente desde hace tiempo la autonomía de la política o «de lo político». [...] La diferencia es que en su teoría final de la Hegemonía, Gramsci sostiene de hecho y realmente que, para él, la política (y el hombre político que es su agente) son *causa sui*, autónomos de pleno derecho o, más aún, por destino. Que «todo sea político» no contradice en ningún modo «la autonomía de la política», porque, y se ve claramente en la sublimación de toda la realidad del

Estado (y, por el silencio, de la superestructura y de la infraestructura misma) en la Hegemonía, es la autonomía de esa Hegemonía que engloba todo -«todo es político»- que coincide con la autonomía de toda política, y proclama así, sin duda posible, «la autonomía de la política».

Quizá para explicar correctamente esta situación en que, como decíamos en el editorial anterior, se remite una y otra vez a lo viejo que muere –pero no termina de morir– y lo nuevo que nace –pero no termina de salir– como si se le hubiera atorado la cabeza en una verja: a sus monstruos que, de manidos, se han vaciado tanto de contenido que parecen los sueños de la razón de Goya, sea necesario recurrir a otro concepto de Althusser, a la «subdeterminación»:

Insisto adrede sobre la subdeterminación, porque hay quien se ha acostumbrado confortablemente a que se añada un suplemento fácil a la determinación, pero no ha soportado la idea de la subdeterminación, es decir, el umbral de la determinación que si no se franquea hace que se aborten las revoluciones, que los movimientos revolucionarios se estanquen o desaparezcan, que hacen que el imperialismo todo lo pueda en su desarrollo, etc. (Althusser, «Defensa de la tesis en la Universidad de Amiens»)

¿Cuáles son las determinaciones que, si no se franquean, detienen y abortan los procesos de transformación? En nuestra defensa de un Plan C en el editorial anterior señalamos dos factores centrales: el primero la reclusión en el discurso de la soberanía nacional opuesto a un internacionalismo (hecho que sobredetermina la política económica hacia unas prácticas keynesianas); recordemos que Sanders y Corbyn –también Podemos y Syriza– mantienen como eje ideológico la recuperación de una nación próspera, justa y redistributiva que permita mantener ciertos niveles de demanda agregada. El segundo, la pérdida de la línea de masas que sobreexpone la autonomía de lo político y desvincula la lucha de los intereses materiales de los trabajadores, la lucha en la calle.

Sólo desde el análisis correcto de la conversión en fetiche de la «soberanía popular», limitada a una recuperación de un capitalismo con rostro humano que frene la proletarización de la pequeña burguesía asalariada, junto a la pérdida de la línea de masas se puede comprender el trasvase de los seguidores de Sanders a Trump, que las zonas obreras de Reino Unido hayan sido seducidas por el discurso xenófobo o que el 30% de los afiliados de la CGT apoye al Frente Nacional.

Quizá donde se muestre esta paradoja mejor sea en la situación de los refugiados en Turquía. Todo se ha dicho ya del acuerdo entre Turquía y la UE en términos de Derechos Humanos, legalidad internacional, quizá menos en términos de solidaridad de clase y de internacionalismo de la lucha. Aunque no deja de llamar la atención que la UE pacte y financie a Turquía, país que ha sido básico en la financiación de ISIS (Gultas Kimya, Marikem Kimyevi Ve Endüstriyel Ürünler, Diversey Kimya, Metkim y EKM Gubre son empresas turcas que colaboran con ISIS sin olvidar la venta de nitrato de amonio necesario para fabricar bombas) y por cuyas fronteras ha pasado desde el comienzo del conflicto el transporte de petróleo. Mientras cerraba y bombardeaba la frontera con Siria controlada por los kurdos, no olvidemos que Turquía se encuentra en situación de guerra civil con las zonas turcas con mayoría de población kurda, que se alarga desde hace más de un año y medio.

El golpe de Estado o el autogolpe de Erdogan (cada minuto que pasa huele más a 23F) reforzó más esta posición islámico-fascista de Turquía. Erdogan ya había tratado de forzar un cambio en la constitución para concentrar un poder en la figura del presidente sin que tuviera éxito por no tener mayoría suficiente en el parlamento. Sin embargo, el gobierno de AKP acometió grandes cambios en el estado turco islamizando la escuela pública laica y limitando de forma drástica la libertad de expresión con encarcelamientos masivos, entre otros, de periodistas; el golpe de Estado fallido le permitió desmontar el poder judicial en menos de 48 horas, separar de sus puestos a más de 13 000 funcionarios y descabezar el poder militar. Esto último, el poder militar turco, segunda fuerza militar de la OTAN, supone un elemento de tensión interna que no podemos desdeñar, dado que el ejército turco es no sólo fiel a la política imperialista estadounidense en la zona, sino la garantía de un poder laico. De ahí que el gobierno del AKP insista en que EEUU está detrás del golpe de Estado.

Sin embargo, la idea de contener a los refugiados en Turquía siquiera es novedosa y si volvemos la vista al final de la guerra entre Grecia y Turquía (1919-1922) ya Fridtjot Nansen, alto comisionado para los refugiados en la Sociedad de Naciones, propuso y llevó a cabo una limpieza étnica entre

ambas naciones (el intercambio de minorías étnicas entre los dos países), propuesta que, como condecorada ha sido la UE, le valió ganar un Nobel de la Paz, y que además le ha valido dar nombre al reconocimiento más importante de ACNUR.

No obstante, tan absurda ha sido la respuesta de la izquierda europea. Escribe Žižek en *La nueva lucha de clases* (traducción sintomática de un título en inglés muy explícito: *Against the double blackmail* –Contra el doble chantaje–):

¿Qué hacer, entonces, con los cientos de miles de personas desesperadas que aguardan en el norte de África o en las costas de Siria, que huyen de la guerra y el hambre e intentan cruzar y encontrar refugio en Europa? Nos encontramos aquí dos respuestas principales que representan las dos versiones del chantaje ideológico cuyo objetivo es conseguir que nosotros, los destinatarios, nos sintamos irremisiblemente culpables. Los liberales de izquierdas expresan su indignación ante el hecho de que Europa permita que miles de personas se ahoguen en el Mediterráneo: suplican que Europa muestre su solidaridad abriendo las puertas de par en par. Los populistas antiinmigración afirman que deberíamos proteger nuestro modo de vida y dejar que los africanos y árabes solucionen sus problemas solos. Ambas soluciones son malas, pero ¿cuál es la peor? Parafraseando a Stalin, las dos son las peores.

Frente al paternalismo los liberales de izquierda del *refugees welcome* y la visión popular nacionalista del cierre de fronteras, las dos caras de este chantaje ideológico, entendemos que es la recuperación del internacionalismo la que nos permitirá, desde la lucha de clases, la solidaridad global con los explotados, también en Siria, que sea capaz de romper el debate de cuántos refugiados caben en la UE hasta que se desestabilice, por la misma presión de la población, el sistema político hacia una salida populista de derechas.

Podemos utilizar también este prisma para analizar ciertos aspectos de lo que sucede en Oriente Próximo y Medio. El Ministerio de Asuntos Exteriores de España define a Arabia Saudí como una monarquía absoluta que, sin embargo, sigue la estructura de los Estados modernos (es decir, la estructura de un consejo de ministros) al tiempo que reconoce que, aunque las leyes emanen de la sharía y el Corán, las actualizaciones legislativas se realizan según el modelo legislativo estadounidense. Sin que olvidemos que la UE está negociando un tratado de libre comercio con el Consejo de Cooperación del Golfo, que incluye a los estados de la zona. Del mismo modo, no podemos confundir a DAESH o Boko Haram con movimientos integristas refeudalizantes, cuyo movimiento tiene más similitudes con un fascismo cuyo eje ideológico es la religión, al modo turco. Su principal fuente de ingreso es el comercio de petróleo (que desde los bombardeos rusos, está limitado a pequeñas producciones locales que se expropián –la destrucción de las plantas de refinado del petróleo ha llevado a que las familias hiervan en casa petróleo que luego le es arrebatado– y la subcontratación de transportistas como soldados de fortuna). Como en Arabia Saudí -Emiratos y Qatar– esta referencia al Islam tiene como principal utilidad el disciplinamiento de los trabajadores tanto en zonas rurales como urbanas, mientras que, simultáneamente, permiten mediante una policía política -por más que se vista de policía religiosa- castigar cualquier organización opositora. Al comienzo de la crisis de refugiados, Carlos Alsina afirmó que los refugiados sirios eran como nosotros, profesores, médicos, abogados, comerciantes..., de forma que homologaba esta pequeño burguesía asalariada y propietaria al pueblo europeo hegemónico por ella y excluyendo obviamente a los trabajadores rurales y urbanos de la ecuación y ocultando así el quid de su funcionamiento. Así pues, la efectividad de la ideología religiosa en la organización política de los territorios bajo su dominio, no sólo no impide en esas formaciones sociales el dominio del capitalismo, además garantiza y favorece los procesos de centralización y concentración del capital en la zona -como demuestra, por ejemplo, el desembarco de jeques en el mundo del fútbol internacional -desde las camisetas y estadios a la propiedad de equipos de fútbol a los que se ha tenido que aplicar normas contra el monopolio, el *fair play* financiero.

En conclusión, en este momento, de recrudescimiento de la ofensiva del capital contra las clases trabajadoras que han regresado a la situación previa a la II Guerra Mundial: inseguridad, pauperización, exclusión de la educación y del reconocimiento social (hechos que se extienden a capas mayores de la pequeña burguesía urbana), ha tenido como respuesta política un regreso a un magma recubierto de políticas de sostén keynesiano y justificado ideológicamente por la nostalgia de un capitalismo con rostro humano (en Centroeuropa) que permitió el *Welfare State* que mantuvo bajo parámetros

más o menos estables la lucha de clases, creemos, particularmente por miedo a que la revolución bolchevique se extendiera por Europa occidental. No obstante, incluso si este análisis político fuese falso, tampoco sería posible ese retorno a esos salarios con una demanda agregada alta y muchas garantías sociales, por algo que apartan los lectores de Harvey: «En términos más generales, en el lapso que transcurre entre 1965 y 1973 se puso de manifiesto cada vez con más claridad la incapacidad del fordismo y del keynesianismo para contener las contradicciones inherentes al capitalismo». Harvey analiza que ese capitalismo desembocó en la estanflación y el estancamiento de la economía capitalista (aunque es cierto que el rechazo de Harvey a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia puede ser el clavo ardiendo al que se puedan agarrar). O como dijo Alain Badiou en un debate con Thomas Piketty en el programa de televisión francés *Contre courant*: «Me gustaría hacer un trabajo de filósofo de todas formas; estoy convencido de que usted [Piketty] instala su descripción del regreso del capitalismo a su ser primordial, establecido y desplegado en el siglo XIX, interrumpido por extremas violencias, por la experiencia bolchevique, por las guerras durante cierto tiempo, y retomando su curso, acompaña usted todo eso de una situación de debilidad ideológica, porque de todas formas vivimos ideológicamente, en un triunfalismo de todo eso. Un triunfalismo que habría traído la guerra contra su alternativa [el comunismo]. Al no decir que lo que debemos reconstruir es esa alternativa misma estamos en una posición semidefensiva a pesar de todo.»

No estamos en condiciones de definir qué características ha de tener esa reconstrucción de una alternativa, la hipótesis comunista que defiende Badiou, pero sí podemos plantearnos una serie de cuestiones y preguntas sobre cómo romper la dinámica que hemos analizado y conseguir que el movimiento obrero detente la hegemonía de los movimientos transformadores. Primero queremos denunciar como falsa la dicotomía entre institución y calle; no existe movimiento transformador que no incluya los dos elementos y los trabaje adecuadamente; no es posible una política transformadora sin la utilización de todos los elementos políticos a nuestro alcance. Segundo, hemos de reflexionar sobre si el exceso de movilización, en una situación de retirada de la clase obrera, no es perjudicial y si habría que seleccionar mejor las batallas que libramos y dedicar un mayor esfuerzo a la organización de la clase trabajadora y de estas batallas. Tercero, hemos de preguntarnos cuál es la estrategia más adecuada respecto a los movimientos pequeño burgueses, ¿hemos de apoyar a los sectores más cercanos a la clase obrera para obtener mejores condiciones de combate?, ¿hemos de forzar sus contradicciones internas?, ¿desentendernos? Cuarto, hemos de reflexionar sobre cómo buscar la unidad de la clase obrera en la que se incluya los trabajadores inmigrantes y evitar el fantasma de la xenofobia que recorre Europa. Quinto, hemos de ver cómo construir solidaridad internacional del movimiento y, en consecuencia, elegir una estrategia de salida del euro o de permanencia en Europa, porque la elección dependerá de cómo se organice la clase obrera en Europa. Hay más preguntas, pero hemos de obrar también con paciencia revolucionaria.